

## XV.

## EL SITIO.

Temiendo que al día siguiente intentase un asalto el enemigo, dejé encargado á Giacomo Médici de la defensa de toda nuestra línea avanzada, que se componia del *Vascello* y de las tres ó cuatro casitas que habíamos tomado á los Franceses.

Pasé toda la noche en disponer nuestros medios de defensa.

No se trataba ya de salvar á Roma, pues en el momento en que un ejército de cuarenta mil hombres con treinta y seis piezas de artillería de sitio puede acercarse á una ciudad, la toma no es mas que una cuestion de tiempo.

Es preciso que caiga un día ú otro en poder del enemigo, y la última esperanza que la queda es la de sucumbir gloriosamente.

Establecí aquella misma noche mi cuartel general en el casino Savorelli, que levantándose por cima de las murallas domina la puerta de San Pancracio y facilita el medio de ver lo que pasa en el *Vascello*, en las *villas* Corsini y Valentini.

Es verdad que me hallaba á medio tiro de bala de los tiradores franceses, sin apercibirme de ello.

Ordené á un valiente *carettiére* que me fuese á buscar operarios y que atendiese despues á las necesidades de mis soldados durante la lucha, dándoles vino y aguardiente. Era un verdadero patriota, que mas tarde pagó muy caro su patriotismo, conocido bajo el apodo de Cicera Vacchio. Su verdadero nombre era Ángel Brunetti.

Jamás aceptó un ochavo, ni por sus servicios, ni por los víveres que daba á los soldados.

Hay hombres en este mundo á los que Dios ha dotado con un alma privilegiada. En los dias de paz trabajan para consolar é instruir á la humanidad, dedicándose exclusivamente á abrir fácil camino al progreso. Estos hombres se llaman Guttemberg, Vicente de Paul, Galileo, Vico, Rousseau, Volta, Filanglieri y Franklin.

En los tiempos de adversidad aparecen de repente, y conducen á los pueblos, exponiéndose con sin par valor á los golpes redoblados de la fortuna variable. Entonces el mundo agradecido los conoce bajo el nombre de Alnoldo, de Bresica, de Savonarola, de Cola di Rienzo, de Masianello, de José de Lisi y de Cicera Vacchio.

Estos hombres, siempre pobres, salen de las filas

del pueblo, de ese pueblo que en los dias adversos es el elegido para sufrir, pero que en medio de su llanto medita, en medio de sus sueños espera, y en medio de sus continuos padecimientos trabaja sin cesar.

Ya tengo dicho que Ángel Brunetti era uno de esos hombres : nada le ha faltado para la consagracion de su mision en la tierra, ni tan siquiera el martirio.

Mientras duró el sitio de Roma, sirvió de ejemplo al pueblo, siendo aplaudido y admirado de sus compañeros, que le consideraban como á su jefe. Era el verdadero *primus inter pares*, que no dejó de vivir en medio de sus triunfos tan modestamente como habia nacido. Este hombre, franco, leal, honrado, debia su posicion á su constante trabajo, el cariño de sus conciudadanos á su intachable probidad, y hasta el aprecio del Papa, á quien habia hecho grandes favores en los dias de borrasca, á la caridad que profesaba á los poderosos, que es una de las mas raras virtudes en los débiles, sobre todo cuando se ven llamados á ocupar un dia el lugar de los fuertes.

Habia nacido en Roma el año de 1802 en el barrio de Ripetta, y como en su niñez fuera muy gordo y colorado, su madre le habia dado el apodo de

*bicher-vechio*, palabra que en el dialecto romano significa robusto, de excelente salud.

Con los años el vigor del niño se aumentó al llegar á ser hombre, y de esto solo se vanagloriaba Brunetti. Cuando yo le conocí en 1849, tenia una barba rubia, que blanqueaba ya un tanto, el pelo largo y rizado, el cuello fuerte y corto, el pecho ancho: su estatura era alta, y su porte franco.

Jamás entró en su casa un desgraciado, que saliera con las manos vacías, y nadie llegó á ver su nombre escrito en las listas de suscritores que mas fama dan á los suscritores que alivio á los desgraciados.

Durante las inundaciones del Tíber tan frecuentes en Roma, Brunetti era siempre el primero que se trasformaba en barquero para llevar víveres y dar consuelo á sus compatriotas encarcelados por las aguas del rio. Este valiente me adoraba; así es que cuando me hacian falta tiradores para proteger á los oficiales de ingenieros, con solo hacerle una seña, me traia dos, tres y cuatrocientos hombres. Mil veces le entregué libramientos contra el ministerio, pero nunca cobró ni uno solo.

Cuando salí de Roma, me siguió con sus dos hijos y desembarcó á la par de Ugo Bassi conmigo en

Messola, tomando despues con sus dos hijos una direccion opuesta á la mia.

En su debido lugar contaré el martirio que sufrió Brunetti como padre y como ciudadano.

Tambien he hablado dos ó tres veces de nuestro capellan Ugo Bassi, al que voy á consagrar algunas páginas, justamente merecidas, especialmente en la tarde y la noche de una batalla que habia puesto á prueba su sin par piedad.

Para nuestros heridos, Ugo Bassi, jóven, hermoso y elocuente, era en persona el ángel de la muerte. Reunia á la vez á la ingenuidad del niño, la fe del mártir, la ciencia del sabio y el valor sosegado de un héroe.

Su padre era bolonés, y su madre griega como la de Andrés Chénier; se llamaba José, pero al hacerse barnabita habia tomado el nombre de Ugo, recordando sin duda á nuestro poeta popular Ugo Foscolo.

Era pues de raza latina y griega, las dos razas mas nobles é inteligentes del mundo. Tenia el pelo castaño, rizado naturalmente; los ojos brillantes como el sol, ora apacibles, ora ardientes; la boca siempre con una sonrisa; el cuello blanco y largo; los miembros robustos; el corazon entusiasta por la gloria y el peligro; el carácter suave; el talento

distinguido y vivo; y habia nacido á la vez para vivir en medio de las religiosas contemplaciones del anacoreta y las arrebatadoras sensaciones del apóstol.

Sus estudios no fueron para él un trabajo penoso, fueron una conquista, y se familiarizó fácilmente con la literatura, las ciencias y las artes. Sabia de memoria todo el poema de Dante, fuente de toda ciencia, y en seis meses aprendió el griego. Hablaba latin como su lengua propia y hacia versos en el género de los de Horacio. Escribia correctamente el francés y el inglés, y en medio de la lucha llevaba siempre consigo obras de Shakespeare y de Byron, de modo que el gran trágico y el célebre poeta de Inglaterra muerto en Myssolunghi, podian contar los patrióticos latidos de su ardiente corazon.

Era además pintor y músico.

Lo mismo que yo, Ugo Bassi habia tenido fe en el papa Pio IX.

Al suceder Pio IX á Gregorio XVI habia dado una amnistia y prometido varias reformas, y así es que los Italianos le adoraban, y los extranjeros y hasta los príncipes de Italia le querian y admiraban.

El 25 de marzo de 1848 principió la cruzada en Roma, y todo parecia anunciar que la Italia proyectaba su union general.

El camino que siguió la nueva idea fué de triunfos, y de las mas lejanas comarcas acudieron á Roma los pueblos latinos en busca de la feliz noticia, que llevaban á lo lejos, de que para la Italia habia llegado el dia de la resurreccion, y que el pueblo, á costa de trabajo y de sangre, iba por fin á ser libre.

Ugo Bassi se encontraba á la sazón en Ancona predicando en cuaresma. La primera legion de voluntarios llegó, y Ugo la arengó en medio de la plaza, y hablando del estado desastroso en que se encontraban sus armas y sus avíos, idealizó con su arrebatadora elocuencia la miseria de que nuestros enemigos se burlaban.

Dos dias despues se unió á la cruzada popular y marchó con ella en calidad de segundo sacerdote de los voluntarios romanos.

Bassi y su amigo Gavazzi eran la providencia del ejército. Con su elocuencia inspiraban á los Italianos no solamente el amor de su patria, sino tambien movian á las personas mas opuestas á nuestras ideas á ofrecernos abundantes y ricos auxilios.

Bassi hizo en Bolonia milagros, de tal modo que los ricos daban dinero con profusion, y las mujeres sus joyas, sus pendientes y sus sortijas.

Una jóven, no teniendo nada que darle, se cortó sus hermosos cabellos y se los ofreció despues.

Bassi había asistido á todas nuestras batallas y nuestras luchas, y estuvo en Courcida, en Trevisa y en Venecia.

Hermana de la caridad, apóstol, intrépido soldado, todo lo era Ugo; y especialmente en la batalla de Trevisa, donde murió su amigo y compatriota el general Guidotti, dió á conocer las altas virtudes de su corazón. Una bala le mutiló la mano y el brazo izquierdo, abriéndole en el pecho una ancha herida. Pálido aun, y sufriendo horribles dolores, tomó parte en la acción de Mestre, durante la cual subió el primero al asalto del palacio Bianchini, llevando en vez de armas una bandera italiana.

Bassi acompañó á la legion italiana en todas sus peregrinaciones, fascinando con su elocuencia á los habitantes todos. Si Dios hubiera puesto fin á los padecimientos de la Italia, la voz de Bassi, como en otro tiempo la de san Bernardo, hubiera arrastrado al campo de batalla á todos los pueblos.

Si un día la Italia llega á unirse, quiera Dios devolverle la elocuencia de un Ugo Bassi!

Cuando Roma fué vencida, cuando no me quedó mas que el destierro, el hambre y la miseria, Ugo se unió á mí sin vacilar, y me acompañó.

Le recibí en mi barca en Cesenatio y disfrutó

conmigo de la última sonrisa del destino, la postrimera sonrisa.

En la barca que guiaba yo mismo iban Anita, Ugo Bassi, Ciecer Vacchio con sus dos hijos. Todos han muerto ya! ¡ Cuál ha sido su muerte! ¡ O víctimas sagradas, yo contaré vuestro martirio!

El nombre de Ugo Bassi será el día de la venganza el grito de guerra de los Italianos.

Pero me he separado mucho de mi narracion, y es hora de volver á hablar del sitio de Roma.